

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 10 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 6.

Domingo 5 de Abril de 1868.

UN REAL.

SECCION 1.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO IV.

De las increíbles aventuras del Ingenioso Hidalgo, que no se dan espacio unas á otras, y de la sobrenatural del Gran Palácio.

Mía fé, señor mio, continuó Sancho; y hablando sólo de aquéllo que verdaderamente viene á cuento, y nó de los cerros de Úbeda, (que por allí me las dén todas), digo; que es de todo punto maravillosa la soledad de estos campos y collados, muy mejor llevados y traídos que denantes, que parecen á compás determinados. Y debe de consistir, pienso, esta soledad y apartamiento en que las gentes se volviéron todas penitentes del yérmo, que se déjan las cosas de este mundo para pensar, muy á su sabor, sólo en el ótro. Y no fuéramalo tomar ese camino que entre frésnos y róbles se presenta, porque es la voluntad de Rocinante.

— Hámbré, y no escasa, tienes, Sancho, dijo Don Quijote.

— Conociólo, pues, en algo, su merced, añadió Sancho.

— En que mucho filósofas, dijo el caballero, y en que te intrincas mucho en laberintos y ves la voluntad de Rocinante.

— Buena es el hámbré, cuéntan, prosiguió Sancho, puesto que mueve, aguija y aguza el entendimiento y el discurso; y aún por éso los que están á diéta rigida, pasan el dia y la noche en calendários (que és mucho más vivir), y lós que están ahitos y repletos no dan de sí

cosa alguna que hablarse pueda, por ser de suyo imbécil todo hartazgo.

— No háy armar borrascas por menudencias, Sancho; y, dejando aparte el incidente que se nos interpuso, y yéndo derechos al punto de que hablábamos, no se me haria mucho que en estos como trecientos pasados años, el mundo, que yá dejamos en buen estado, háya dado todo él en cenobita, abandonando por ló ciérto ló dudoso.

— ¿Cenobita, dijo Sancho, será tanto como vivir sin cenar, á lo que alcanzo?

— Mucho y poco alcanzas esta vez, dijo Don Quijote.

— Dígolo, continuó el escudero, por si pareciére á su merced, sano, saludable ó necesario acelerar y aumentar un tantico el paso, por estar yá cercano el mediodia, que era el natural propósito de mi discurso, y no el que se interpuso, como su merced dice.

— De prudentes es acceder y de nécios disputar, dijo Don Quijote; que porque cálles bien puede sobrellevarse el sacrificio.

— ¡Y bien háyan la condescendencia y complacencia! dijo Sancho. Tanto más, cuanto que á mí (y por mí solo háblo), no cuésta nada en convenirme en aquéllo que me vá en gracia. Y están muy en su punto el miramiento y la criánza y cortesía, y deshacerse todo en cumplimientos, que es la mercancía mas barata, y atajo de jornada provechosa.

— Aún cuando no tuviese, Sancho, esa criánza que tú dices, otra ventaja alguna que lá de pulir y suavizar las costumbres y las maneras de los hombres, así y todo debia llevarse la preferencia entre los deberes primeros de las gentes, que viniéndose todas á esta vida rúdas, con amor própio demasiado y otras pasiones, necesitan como los átomos de Leucipo, del roce y contacto oportuno de unas con ótras

para alcanzar suavidad y pulimento, y hacerse mas accesibles y mas hermanas. Por lo cual siempre se vió que el aislamiento conduce insensible y prontamente al egoísmo insoportable y grosería; defectos más que se puede decir abominables.

— Esos tomos de ese Perico, dijo Sancho, ¿deberán, pues, ser cosa de provecho?

— No son tomos, Sancho, sinó átomos, ó diminutas partes de matéria; y Leucipo, y no Perico, fué un filósofo que dijo, que todo cuerpo, en efecto, se compone de partes, y es su vida precisa el movimiento. En lo cual, y en su ordenanza, toda fineza y cortesía, conocerás, como en todo, cuan acertada anduvo la perinclita órden que profeso.

— De ese modo, dijo Sancho, estarán muy en sazón los dolientes y malatos del mal de San Victor; y que Dios haga merced de él á quien le deseáre; que, por lo que á mi tóca, digo *abernuncio*.

— Si habrá Nuncio, Sancho, dígame yó ahora; así como hay mal de San Vito, y no como digiste. Pero ese movimiento esencial del mundo, que yó te digo, sin él cuál ni adelantára, ni existiera, no es mal, sábio escudero; sinó la verdadera vida; y los que no lá vén están cegados.

— Así deberá de ser, ni mas ni menos, dijo Sancho; en lo cuál ni me meto ni me entrometo; que así de éllo se me dá como llueven peras. ¡Hijo de un gran pórrro! ¿Ni qué se me dá á mí de que ánden, ó se páren, los muy bellacos? Cuanto mas, que desnudo nací y desnudo me hallo; y váyase la sogá tras el caldero, que nada me vá en éllo; y de la mano á la boca se suele caer la sopa; y viva la gallina con su pepita; y la cábra al monte tira; y no me mires, que con ver nada consigues, dice el titerero; y para bellaco y tonto no me básto que me sóbro.

— Así és, ni mas ni menos, dijo Don Quijote, como lo cuéntas en ese bravo final de tu discurso; y tambien sé que tuviéras tela para un año, si te dejáran á tu viénto. ¡El muy gran insolentón y majagranzas! Y, sinó ven acá, infame, hartodeajos: ¿por qué, aunque miserable, juzgas tú poder ser excepcion de las leyes deste mundo? Antes son mas pesadas todas éllas sobre los más pequenuelos y más menguados. ¿Dónde, digo, viste tú que no siénta dolor ni daño el hombre á quien le pinchan fuértemente, si quier no sea más que en la piel del pié y no en él derecho?

— Eso sí, dijo Sancho, que no es mentira, y que lo comprendí bonicamente. Y por eso es decir yó; ¡no hay que pincharme! que en donde lás dán lás tóman y callar es bueno. ¡No, sinó venirme á mí con tales lindezas! Que, donde

menos piénsan salta la liébre ¡Y oírnos han sordos! Y á saltos vá el gorrion y no camina peór; y cada uno en su casa y Dios con todos.

— ¡Echa! infame, ladron; ensarta, viérte, desperdicia, ahorca y derrama sin que jamás te váyas á la mano. Dígame que no es eso lo que aquí encaja; sinó que no hay quien pueda sobre la tierra evitar las sábias leyes que la rigen y vivir determinado á hacer su antojo; y los que indiferentes ser quisiéran, ó por su sinrazón ó conveniencia son los más agraviados por su culpa, y los más castigados sin remedio.

— En esto iba la conversacion de caballero y escudero, cuando vino á interrumpirla un no esperado suceso. Y es que iban marchando los caminantes por una larga tela de camino, que se perdía al cabo en un recodo; y al llegar á tal punta y tal revuelta, que originaba y producía de repente la nariz atrevida de un peñasco, halláronse con un sugeto lleno de adornos que de allá acá venia caminando. Sorprendiéronse todos tres viandantes unos de otros, pues que no era el asunto para menos; y el adornado sugeto, no queriendo dejar pasar en vólde aquella buena sazón y coyuntura de poder proporcionarse algun socorro; armando azoradamente toda su máquina, y dando á tantos resortes vida y entono, comenzó súbitamente tal orquesta de tantos desenfrenados instrumentos, que el mismo satanáas tanto no hiciérase si se entrara de lleno á concertista. Tañía, digo, á la vez el caballero, bombo, platillos, hierros y chinescos, pítos, pandero y otros artefactos, con tales contorsiones y ademanes, trage, priésa, trabajo y malsonancia, que espantado hasta el mismo Rocinante, dióse á correr por toda la comarca, como jamás se vió en toda su historia. Hasta el muy pacífico rúcio de Sancho Panza, no pudiendo sufrir tal insolencia, saliéndose de quicio, siguiendo á Rocinante á toda priésa, lanzó á su dueño al fin por la trasera y escapó como fúria desatada por toda la extension de aquel gran campo.

El hombre de la orquesta iba, á todo esto, á toda su carrera á buscar á las bestias espantadas con la sana intencion de detenellas; mas era tanto el ruido que llevaba, á que se añadió el azár imponderable de soltársele el bombo de su cinto y de darse á rodar la cuesta abajo, que así ponía término al suceso, como quien sopla el fuego sin reposo. Rocinante que sintió á sus postreras partes tal constante y sonoro rozamiento, comenzando á corcovos y áltas coces, dió con el caballero por el suelo, y con el bombo allá por las estrellas, dejándole hecho piezas en un punto con estrépito horrendo, huéco y lóbrego.

— ¡San Francisco! dijo Sancho, boca arriba, ¡y qué es esto, de mí desventurado! ¡y qué mún-

sica es ésta del infierno que no aciértan á oír los animales! ¡Señor! ¡Señor, ámo mio!, Señor de mi ánima! ¿y cómo salió su merced de esta refriega?

— Refregado hartó, hijo, contestó tal cual lejano el caballero, con voz como de antiguo pretendiente: mas, pudo ser muy más que lo que ha sido.

— No cave duda en éso, dijo Sancho; pues al cabo y al fin, aún nos quejamos.

— Acércate, hijo; ven, fiel escudero, y vé de requerir á Rocinante, que esta vez fué la causa de este asunto, para tomar venganza de tu agrávio.

— No háy para qué, Señor mio, tal fineza, añadió Sancho; tanto menos, cuanto que el caballero de la música parece irse con élla hácia otra parte con tanta diligencia como gamo.

— Es que me teme, Sancho, y es que tiémbla el poder de mi brazo enfurecido.

— Eso créo yó de muy buena gana, dijo Sancho; y hága Dios, Señor nuestro, que en todas ocasiones y aventuras séa su merced el mas temblado caballero.

— Y era así la verdad: porque el inocente causante de tantos desafueros, creyendo desbaratados en la caída á entrambos raros personajes, así que vió comprometidos su viage y su nombre enteramente, determinó abandonar el campo de sus hazañas, y proseguir en su vocacion y llamamiento, que no eran ótros sinó explorar la filarmonía y generosidad de los muy nobles hijos de esta España; y dióse priésa á bogar por un atajo entre las suaves óndas de las miéses.

— Y Sancho, levantándose, requiriendo entrambos animales, procurando enderezarse, y caminando hácia su señor, decía.

— Y, ¡válate el diablo por la música, y quién pudo pensar tal insolencia! ¡que si viéra venir toda esta fiésta, yó librára á mi rúcio de su asombro!

— Y con ésto, ayudó á montar al caballero, y tornaron á seguir por su camino con tal conversacion, tal cual sabrosa.

— Saber háas, Sancho, que donde menos piénsan saltan los azares y que en la confianza está el peligro. ¿Ni quién buenamente pensar pudiera que á la vez tantas y tantas cosas pudiéranse tañer por un solo sugeto? Porque, mi verdad te digo, que hasta la música, que es como réina de las ártes, requiere su razon y tiempo y caso.

— ¡Para mi santiguada, dijo Sancho, si tañia el andante caballero! ¡y muy más que tañer puede cualquiera!

— Eso de andante encaja, dijo Don Quijote, puesto que no le ví cabalgadura; si que á correr puede darla ál mas pintado. Y ésto me hace

creér que él de los pifanos, fláutas y chirimías y otras mas mil cosas, mal sonantes, ha de ser trovador de lós que ándan cantando hazañas por remotos pueblos; y pruébalo así bien la riqueza de su almete, si és que en élla te detuviste y reparaste, y en su muy más que extraño traje y traza.

— Y, ¿són de mucha hacienda esos señores? dijo Sancho.

— Punto tocaste grave, dijo profundamente Don Quijote; y así debiera ser como tú dices; mas es cosa probada que las letras y el óro suelen aborrecerse á par de muerte.

— Trovador ha de ser ése sin remedio, dijo Sancho; pues le oí que pedía algun socorro segun iba corriendo trás el rúcio.

— Y éso, infame, supiste y lo callaste? Pues á saberlo en sazon buena, procuráramos, Sancho, algun remedio, que no le fué en mal al desdichado.

— Algo yá consiguió, repuso Sancho.

— ¿En qué? dijo el caballero.

— El atambor lleváronse los diábolos, segun que dió en tañerle Rocinante.

— ¡O no fué de letras pobre hacienda! dijo Don Quijote; mas no hay culpar por éllo á mi caballo, que obró con gran razon y buen derecho. Y, sinó, calcula, Sancho, por tí mismo lo que hiciéras, (sin ser tú caballería), si sintiéras continuo á tus espaldas tal tan rónico rumor que te seguía.

— Digo, y juro cierto, exclamó Sancho, que no háy que mosqueárme ¡voto al diablo! ¡Si que bonico soy yó para éso! ¡Alma del mal Caín con tales sonatas!

Mas, dejado ahora ésto á un lado, Señor mio, hago saber á su merced que me escarba y escarabajéa el pecho un pensamiento, que me hiciéra reventar si le callára.

— Nueva cosa ha de ser ésa, dijo Don Quijote; y nuevo modo de pensar es con el pecho.

— Ponga su merced ese mi pensamiento dó quisiére, dijo Sancho; que de muchos sé yó que le tienen, no en el pecho, sinó que le dejan caer hasta el estómago, y pasan por personas muy completas. Y ésto que ahora me ocurre, és, ni mas ni menos, la jornada que vá de tiempo á tiempo, y el diverso camino de las cosas. Pues vuesa merced habrá oído y entendido aquel pasado modo, ó manera, de pedir limosnas, que era poner en medio de la vía una montera, ó bonetillo, porque echára el viandante en élla, ó en él, el voluntario socorro, mientras que el pobre ó necesitado estaba de allí cerca, tras un ólmo, ó de una mata, apuntando á la cara del pasajero con un buen arcabuz, ó mejor mosquete. Y tambien sucedía fingirse el pedidor alcalde, ó regidor de justicia, ó entrarse de rondón en la Santa Hermandad para lograr su

objeto, con otros varios modos que me callo. Y el modo de ser hombre celebrado, cantado, impreso y gritado en cóplas y romances era hacerse bandido de selvas y de montes y avasallar lo desierto y lo poblado. Con que, si esto se vá en músicas ahora, no es andar, voto á tal, que desafine.

— Como hablas tanto, Sancho, á veces suelen dar en lo que importa; y si hoy piden por música, y tanta ha de encontrarse en todas partes, páse, aunque malamente tanto ruido, pero no el tamborón, ¡voto á los diablos!

— Grande instrumento és, replicó Sancho, y Dios se le dé siempre á rocinantes, que es lo que me parece justo y llano.

Entonces, en un pequeño valle, pero ameno, que á la derecha mano se extendía, viéronse por entre ramas de los árboles la muéstra de un relój y un campanario. Era el fin de la cuénca pintoresca un agradable seno, que los vecinos montes encubrian, á cuyo grato abrigo un edificio vasto descansaba en silencio apacible y misterioso.

A los pocos instantes el camino que á tan hermoso sitio conducía, comenzaba á estrecharse y como á hundirse. El uno y otro lado revestían alegres, olorosos y floridos espinos, zarzamoras, madreselvas, juncos, bromos y yedras caprichosas, que los agrestes, retorcidos troncos de poderosos árboles envolvían pomposas y adornaban. Y ya se percibía el rumor de cascadas abundosas, que sus raudales ricos de lo alto á lo hondo despeñaban, cuando el buen caballero, del bello aspecto de la hermosa senda del todo enamorado, determinó seguirla silencioso.

Los montaraces ólmos enorme el esqueleto de las párdas raíces descubrian, unas y otras tenaces enredadas; ya abrazábanse éstas, aquellos ya mostraban su grande ancianidad en el vacío cuerpo forrado en grises jaramagos, mientras el blanco álamo, Hércules de la selva misteriosa, sus blancos y robustos, largos brazos sobre el oscuro fondo derramaba.

— Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, como al fin topamos con la senda que guía á algun antiguo y místico monasterio, que estos vetustos árboles guarecen y defienden los montes de la invasión maléfica del mundo. Y luego habrás de dar precisamente con el santo eremita que la entrada custodia del asilo sagrado de los munges. ¡Grande aventura es esta! Sancho amigo; pues, no es menos topar aquestos lares que la llave y secreto de los secretos todos de este mundo; y así no habrás de hallar historia alguna de la andante marcial caballería sin la suprema historia de estos altos andantes caballeros. Y en estas estrechuras ya penitente gime la imponderable emperatriz excelsa como

el monarca que aprendió en sus triunfos lo que es la vanidad y la lisonja; así el profundo sabio como el hombre del pueblo oscurecido. Digo, que, ó mis barruntos harto engañan, ó este sitio hasta el cual nos ha traído la voluntad, no mas, de Rocinante, grande aventura guarda que mi ya altivo nombre immortalice.

— Y que debe de ser de esa manera, sin que otra venga á pelo, dijo Sancho. Y otro gallo le cantara á su merced á haber seguido siempre la voluntad de Rocinante. Que siempre oí decir que las bestias son las que, mejor que los sabios, conocen su provecho; y de noche es regla no hacer lo que rehúsen ellas, y de día hay que dejarlas buscar su conveniencia y de-rechura.

— ¡Qué gallo ni qué calabaza! dijo Don Quijote: entiéndete, no más, con las gallinas; que aquél es vigilante, y poltrón eres tú, que no hay sufrirte. De bestias el provecho no ha de sacarlas nunca de su estado.

Entonces vióse claro un edificio de grande longitud y simetría, que sencillo en sus formas y maneras, su gracioso artificio demostraba. El cual, lector querido, no era sino una fábrica excelente de diferentes cosas, hijas de los productos esenciales de la noble y modesta agricultura.

¡A de casa! dijo Sancho en el umbral del que juzgaba monasterio; mas dijolo aquella, y otras mil veces en vano, porque dió en proseguir frío silencio.

— Debe estar, por ventura, dijo Don Quijote, esta comunidad en refectorio.

— No ha de ser así, dijo Sancho, porque si á tal sazón aquí llegáramos, el portón entornado se mostrara, que sólo es el abrirle al llegar él que trae la bazofia, y no se ven aquí menesterosos que esperan su sazón y conveniencia.

— ¡Qué sabes tú de munges! ¡majagranzas! ¿Ni dónde hallar en tí todo el sublime que el alma necesita para alcanzar tan altas concepciones? Vulgarizar es propio de menguados: la magnanimidad alcanzan pocos. Y esta es, Sancho, la muerte de las cosas; ni hay otro mal mayor en todo el mundo que la vulgaridad torpe, impotente. Y así yo tasé siempre el valor de los hombres y naciones por esa sola prenda inestimable.

— Mas, porque á puerta franca no hay que pedir entrada, éntrese su merced á su alvedrio, que en sitio tal estamos, que no hay esperar del mal tratamiento.

— Y entróse el Caballero en aquella bellísima vivienda; y tras de corredores adornados de lúpulos frondosos, enredaderas, tiestos y parterres, que al abrigo vivían de todas inclementes estaciones, dió en un extenso patio, en columnas de hierro sostenido, por cuyos lados

todos se veían cubas, máquinas, tubos y depósitos, que por todo aquel ámbito ostentaban orden y sin igualdad magnificencia.

— Con la bodega dímos, dijo Sancho, que no es el peor dar, ámo de mi ánima.

— No vas bien por ahí, Sancho, presumo: ántes se me hace á mí que hemos topado con un maravilloso y gran palacio, encantado en el céntró de estas sélvas.

— Gastarán los encantados estas vasijas, replicó Sancho; pues en otra ocasión su merced dijo que suelen tener águas, si que menores.

— Bien pueden contener estas tinajas, dijo Don Quijote, según son poderosas y capaces, todos los caballeros de los siglos en sus vientres espaciosos depositados. Y está yá en sólo un trís, bravo escudero, que haga yó prueba agora en una de éllas, que habrá de dar de sí viscoso líquido, que por propia virtud vá condensando y formado un gigante, ó un endriago, que no háya mas que ver sobre la tierra.

— No haga tal su merced, exclamó Sancho, con la mas féa cara que se ha visto; ántes es muy mejor que aquí reposen esos señores andantes escabechados, que así no habrán de armar la gerigonza que temiéndome estoy cuál si la viéra después que les hubieren trasegado.

— Grande y noble aventura es ésta, Sancho, que me espera en aqueste gran recinto, que aún dudo si en el mundo está plantado: bien que en lo mas espeso de las selvas y en los sombríos senos de los montes su mansion siempre hicieron los astutos y sábios por demás encantadores. Y si probar quisiéres ¡oh escudero! como es cierto y patente lo que digo, empuña vigoroso ardiente espada, traspón el corredor, las gradas súbe, vuéla á las áltas salas del palacio, y tras mil enroscados laberintos de paredes, cancelos y biómbos, puertas, tapices, cuadras, pasadizos, y otras contrariedades en que cuánto medrosa oscuridad y ruidos vários de quejidos y róncoos hondos áyes, hallarás la mansion en que reposa deste castillo el mágico enlutado.

Al número siguiente.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

VI.

Fièvre agüda.

No sé que tiene el Monarca,
No sé que piensa Don Sancho
Que no se acuerda de España
Y al Africa le han clavado.

Grande ruido se levanta
Por aquésto en sus Estados,
Que el aragones traspasa

Y tómase el castellano
Sin mas razón que están huérfanos
Y su Rey les há olvidado.

Don Sancho llora el viage,
Siénte el Rey que vá entre engaños,
Vé su mal el gran Monarca,
Y flaquea el Rey Don Sancho.

En lazos esclavo vive,
Pero en invencibles lazos,
Y el invicto en la batalla
Ya no es más que triste esclavo.

Pasiones hacen aquésto,
En esto dá el confiado,
Que hay mucho de chico á grande
Y de grande á chico un paso.

Yó sé del mayor gigante
Que en todo el órbe se ha hallado
Que vino á ser vil juguete,
Objeto de todo escarnio
Sólo por haber dormido
De una muger en los brazos;
Y sé de Don Sancho el Fuerte
Que Venus sola ha triunfado
De dos estrellas que el mundo
Llevan entero rodando;
Pues en tiempo de esta tróva
España fué el campo raso
Dó el Oriente y Occidente
Duelo á muerte se juraron.

Háy batallas de batallas,
Y en lá de amores mengüados
La victória está en la fuga,
Al revés que en otros casos.

Por toda España se cuenta
Que se casa el Rey navarro,
Y Alcorei la hermosa mora
Há firmado los contratos;
Y el pueblo español, que vive
En medio de dos escándalos,
Mejor quiere reina mora
Que fallar al Rey Don Sancho.
Mas es pueblo que bien piensa,
Aunque calla en muchos casos,
Y si pása por muy mucho
Jamás pása por engaños,
Que es úno tener prudencia
Y es ótro no ver escándalos.

Mas llora á sus solas siempre
Que piensa en tan gran fracaso,
Y júzga que allá en Marruecos
Háy mas truánes que soldados,
Mas apariéncia que esencia,
Mas bulla que ciencia y tácto,
Mas oropel y colores
Que sustancia, seso y manos.

Aben-Jucéf en su espejo
Se sigue siempre mirando,
Que con mirarse en él suyo
Cada cuál sabe hacer harto;
Y dice que yá los árabes
Y los turcos acabaron,
Y la España toda entera
Marroquí será aquel año,
Pues los hombres todos síguen
La carrera de sus ástros,
Y él ha dado con el suyo,
Que es todo el saber humano.

«Si viéran los hombres (dice),
Con los ojos despejados,
Y hubiera la luz bastante
Para ver bien el espacio,
Mas habitantes se viéran
En el aire y en los ástros
Que en la tierra y en el agua
En lo que hace sólo un palmo.
Y si tuviera en las venas
La sangre que es necesario,
Prometiéra ver la máquina
De todo el mundo en sus manos;

Mas, cada vez que al espejo
La lámpara aplica el bárbaro
Diez años dice que quema
De vida por ser osado».

Las cosas de hechicería
Son frecuentes en paganos
De esta clase ó de la otra,
Y al demonio una vez dados,
Natural es consecuencia
Que lo lleve todo el diablo.
Hoy llaman espiritismo,
Este asunto viejo y malo,
Y los hechos del infierno
Atribuyen á los vários
Espíritus de los muertos
Que están en torno vagando,
Con que sacan gran cosecha
Satanás y sus criados.
Nadie cree mas engéndros
Que el incrédulo conato.

Jucéf sigue. «Hace seis siglos
Que es sino mahometano
Fundar un imperio solo
Que haciendo al Mediterráneo
Centro breve é invencible,
Partiendo desde él en radios
No haya costa que no sea
Obediente á su mandato.
La empresa al entrar en Fráncia
Vino á hacerse mil pedazos
Estrellándose en las gradas
Del trono de Carlo-Magno,
Y en Oriente acometida
Por todo el órbe cristiano
Contra tres millones de hombres
Lucha aún titubeando!
¡Por Alá, que ni uno ni otro
Soliman ni el Califado
Los dueños son del suceso
De designio tan magnánimo;
Que los Montes de la Luna
Del territorio africano
Con su espumoso torrente
Que viene la cuesta abajo
Cuanto á su intento se opone
Invencible aniquilando,
Han de ser, y solos ellos,
Los dedos de aquella mano
Que envía el hado viviente
De los senos del espacio.

Así siempre torva nube
Reposa sobre los páramos,
Mesas finales del Atlas,
Día turbio ó día claro,
Y es que tiene allí su asiento
El destino enmascarado
Con turbiones y tormentas,
Su turbante y su penacho».
(Y en las Navas de Tolosa
Vió Jucéf su desengaño).

En esto llega la noche,
Y en su aposento cerrado
Alcorci llora su suerte
Mientras el Rey está velando,
Envuelto en alquicel negro
En un salon de palacio.
Y dice la triste mora:

«¡Mal háya el desventurado
Que en duras prisiones gime,
Y á la rueda de los hados
Antes que razon tuviese
Sus fieros dueños le ataron!
¿Por qué corazon me disteis?
¿Y por qué leche á mis labios?
¿Por qué mi cuna mecieron
Esos seres desalmados
Si me robaron la vida
Después que la alimentaron?
¡Feliz el cédro que extiende

A su alvedrío los brazos,
Y el áve que de sí dueña
Donde quiere vá volando!
Felices las yerbecillas,
Alfombra de estos vallados,
Y las aguas que entre guijas
Alegres van pregonando
De su libertad querida
El regocijo y encanto,
Y desdichado del oro
Que en cadenas emplearon
Los hombres de ambicion ciegos
Y á fuer de necios, tiranos!

¡Gíafar! Yo sé que repiten
Los ecos del desgraciado
Las áuras de estas comarcas,
Las cristas de estos peñascos,
Pues no son tan insensibles
Como los seres humanos;
Y sé bien que amor reparte
Entre el amante y amado
Unos mismos pensamientos
Esperanzas y conatos.
¿Por qué el dolor me acongoja
Si te quiero tanto y tanto?

Estrellanse las palabras
Que la mora está llorando
Primero en los ajimeces,
Después en el almenado
Del aletaní que cerca
Los jardines del palacio;
Y en las flores se dibuja
El adorno cairelado
Del algiarín misterioso
De donde sale aquel llanto.

Moverse luego se advierte
El arrayan y emparado
Y acezar parece alguno
Del alcor en lo mas bajo.
Templar un laúd se siente
Entre el ruido continuado
De la fuente, y los avisos
Que el Muezin está dando
Desde el alminar esbelto,
Que aparece todo diáfano
Por las luces de allá adentro
Que muestra el acristalado.

Alcorci de miedo tiémbla
Y de gozo está temblando,
Que es condicion de mugeres
Tocar estremos tan vários;
Y oyendo la hermosa mora
Acordes tan delicados
Como son los que produce
El laúd del Rey Don Sancho,
Contiene el aliento y oye
Las trovas que están cantando.

«Hermosa flor del desierto,
Perla de mar solitario,
Suspiro de amor que vaga
Por los senos del espacio,
Escucha y no seas bronce
Como el espeso enrejado
Que te guarda la alhanía
Dó mueres viviendo en vano.

Yo he de ser, si tú quisieres,
Leon del desierto vasto;
Si quieres, seré alquimila,
Y si es tu antojo, tu esclavo.

Yo sé, mora de mi vida,
Si te place lo africano,
El sendero de la selva
Del sol al morir los rayos,
Y volar cual tripolina,
Y volver al tigre manso.

Del alcaház donde encierran
Al zorral tengo el candado,
Y la algiáza no rechina
De las puertas que yo abro.

También sé, lucero hermoso,
Montado en el fiero zayno,
Con el alfange y gumía
Hacer la algara á caballo;
Y cáidas á mi amada,
Y de azahar un tocado,
Y esperar á los adores
Entre las mieses del campo;

Porque lo que quieras quiero,
Que sin voluntad me hallo,
Sin vida más que la tuya
Sin mas bien que ser tu esclavo».

Y se abre la estancia estrecha
Donde Alcorcí está escuchando,
Y un etiope se acerca
Del mismo quicio al peldaño,
Y quitase la almocela,
Y cruza veloz los brazos,
La cabeza baja, y tira
Sobre la labor del mármol
Un joyel, que es un tesoro,
Y de seda verde un lazo;
Y húyese sin decir nada
Lo mismo que se ha aereado.

Si tal viése el Rey de España
No digera mas sus cánticos
En tierras que de tal suerte
Saben hacer sus tratados;
Y Alcorcí mirando queda
De Aben-Jucéf los regalos
Como si fuese de piedra,
Sécos los ojos, luchando
Entre la vida y la muerte
Sin temor ni sobresalto,
Lo mismo que el viejo muro
Vestido de jaramago,
Arropado en la coraza
Con que le cubre el parásito,
Sin temor á la intemperie
Ni á la estación ni á los hados.

«El lazo, esclama, no siento;
Se ya de qué sirve el lazo,
Y para qué los etíopes
Van con él á sus recados;
Mas, siento y me mata el alma
Que nunca vienen los lazos
Sin haber antes cumplido
La mitad de sus encargos.

¡Gíafar, Gíafar de mi vida
La mitad, y aun otro tanto!
¿Dónde estás que no apareces?
¿Dó tan lejos te has marchado?
Y tomando en los alhambres
De sus dedos acerados
El lazo verde; advirtiéndolo
Que aun despide horrible vaho,
Mirándose presurosa
Llenas de sangre las manos
Caliente, recién vertida,
Por un movimiento rápido
Comerse la seda intenta
Y cae en el enlosado.

Al número siguiente.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

LOS TOROS.

Dentro de una plaza de toros hay una cuestion inmensa. Las leyes del mundo físico se estudian en la naturaleza: la naturaleza humana se estudia en su campo espontáneo: en los toros. Allí se vé el hombre como el arrogante cédro del Líbano; franco, sin ficción, tal cual es.

El Mediterráneo principia en el Estrecho de Gibraltar y concluye en el Mar Negro. Este Mar es denso; todo diverso de los demás; objeto de inacabable estudio; porque se reúnen, detienen y estancan allí todos cuantos elementos conduce la inmensa corriente de las aguas.

España es el Mar Negro de la Europa, en la buena, noble é hidalga acepción de la frase. La corriente de la humanidad comienza en el Asia; entra por el Estrecho de la Anatolia y termina en nuestra Península. Aquí están condensados y conservados todos los elementos esenciales de la civilización europea.

Los demás países por los cuáles pasó la corriente han visto desaparecer unos de esos elementos; otros se han modificado, otros fueron olvidados, otros mas nuevos ó influyentes absorbieron mas tarde la general atención. España, así como por su distancia recibe mas tardía las naves del Océano europeo, es la que recoge, guarda y mantiene siempre perennal en sí todo cuanto el mar arroja á la costa.

La beleidad, la inconstancia, el afán de la novedad deben caracterizar á los pueblos de tránsito; la gravedad, el apego á la tradición son los caracteres de los pueblos sedentarios. Especie de Egiptos filosóficos. El magnate de España es gran señor oriental; el pueblo español es un pueblo de Sancho Panzas.

Los toros son una diversion primitiva del mundo conservada aquí. Los héroes de la antigüedad se divertían con las fieras.

La planta natural es gallarda, lozana, bravía: la cultivada se hace mas artística, se dobla y se afemina.

¿Habéis conocido bien al pueblo árabe? es la planta, el sicómoro del desierto. La vegetación natural. Vino á España, estuvo con nosotros ocho siglos. ¡No necesitábamos tanto!

Los pueblos orientales son de sangre caliente, como ciertos séres. Desde este tiempo las luchas del Circo romano se adornaron y engalanaron. Ya no basta vencer, es menester burlarse del peligro: más, convertirle en diversion.

Los toros se llenaron de banderillas, de cañas, cintas, lazos, plumeros, lujo, música.

Un filósofo español, profundo, está escribiendo un artículo de costumbres contra los toros; deja un rato la pluma y compra una talanquera.

Mientras fueron el espíritu de los siglos la guerra y la conquista material, la aventura, el génio caballeresco, jamás pueblo alguno se antepuso al español: la decadencia viene de la época pacífica, administradora, financiera, calculista y compasada.

Colón salió de España, y Rogér, y Gonzalo, y Anibal, y Don Juan de Austria, y, tal vez, lo mas magnífico de la historia. El compás nos asesina. Pueblo mal matemático, gran poeta.

Quién quiera entenderle explote esa altivez: poca ley, mucha franqueza. Jamás artificio. Sustentar, animar ese entusiasmo y gallardía, palanca sin igual, incontrastable. Nada de imitación, propia atmósfera.

El corcel natural que describe Buffon es español: el que baila polka en el Circo, nó.

Martínez de la Rosa observa que España posee mas poetas que todo el mundo.

Dos mil romances, como dos mil sárta de perlas ha brotado este pueblo, que se han encontrado por los campos como las gotas del rocío.

La jóven delicada vá á los toros, y la opulenta señora, y el artesano. Los diéstrs comen á la mesa de la grandeza, y me gusta. Y dicen los extranjeros: «El África comienza en los Pirineos.» ¿Es cierto? ¿allí comienza? pero, ¿cómo contamos, hacia arriba ó hacia abajo?

¡Diablo! ¡Y los hombres graves del norte compran en Sevilla faja, calañés y botines! ¡Y, vive Dios, que están bonitos! —¿El África aquí? Voy á responder en lenguaje de plaza. ¡Que no lo entiende usted! ¡no lo entiende usted!

Son terribles los toros; no tiene duda: pero, ¿si no vámos por lo terrible? ¡si vámos por la sal! Así que, para matar la costumbre de los toros hay que principiar por desalarles. ¿Qué haremos? ¡Echarles en mojó!

¡Decían que los ferro-carriles nos iban á desnaturalizar, y se han españolizado los maquinistas! ¡Fuerza de la sal!

¡Este país! Aquí sobran alma y vida. Con elementos tales, ¿qué no se puede hacer? Todo menos poner levita á mi currillo. ¿Son mejores las máquinas de artificio? ¿Por dónde? ¡Y qué partido saquen de ellas!

Me gustan mucho las declamaciones de los estoicos mo-

dermos. Séres antielásticos: añádanse al catálogo de los cuerpos simples.

¡Y las diversiones del refinamiento del siglo! ¿Son mejores? ¿Las comparamos, ó nó, sesudamente? Mejor será dejarlo. No muéren caballos, ni los útiles animales de la agricultura..... ¡señores estoicos! ¡y la moralidad sobre todo!

Me pasaría mejor sin toros y sin estas otras cosas; pero no me llamen etiope, porque no sabemos cuál es la más negra.

La nación española es rosa de Oriente que se desenvuelve espontánea á la influencia del sol del Paraíso. Nace del lújo de este suelo en lecho de flores, duerme á la sombra de la palmera, respira azahár, se ríe de las ficciones del capricho.

Pueblo arrogante y fecundo abomina los recursos de la intriga: su conducta con los demás há sido siempre noble y franca. Lidia con las fieras, no con los hombres; empléa las moñas y rehiletes en los toros solamente. No tiene de qué arrepentirse.

En el cerco de Granada fué necesario prohibir los caballescresos arranques de esta brillante raza. Los toros perderán su gran partido cuando el valor y la gallardía tengan otro mejor campo en que fructificar.

El language de la plaza es rudo y duro: intérpretese y sólo significa ardimiento y arrojo. Sáele el público de la plaza y se acabó aquel language. El diccionario español no rige en los toros. Por eso tienen su idioma.

El génio necesita su palenque: le tienen las clases más señaladas de la sociedad: le necesitan también las demás gentes.

Mientras no se halle otro, la plaza será el torneo de nuestro pueblo.

SECCION 4.^a

VARIEDADES.

S. A. R. EL SERENÍSIMO SR. DÚQUE DE MONTPENSIER há tenido la bondad de suscribirse á este periódico. Reciba S. A. R. nuestro mas profundo y respetuoso tributo de gratitud.

Solucion de la charada del número anterior.

Gal—ba—nis—mo.

CHARADA.

1.^a y 2.^a

Es lo que puede decir la boca del anciano; lo que dice una butaca al salir de la funcion al que la compró; lo que dice en coro el Rástro de Madrid por las innumerables bocas de sus infinitos objetos, tristes pretéritos perfectos de todos los oficios del mundo.

4.^a y 5.^a

Se llevan tras de sí los ojos del universo: imán que atrae, boá que seduce y fascina y se apodera de su presa. Lúce como el sol, al decir de las gentes: há hecho más víctimas que Herodes.

1.^a

El innato deséo del hombre. Sin él la vida fué la nada: faltarian al órbe su movimiento y su progreso.

2.^a

Palabra própia del desengaño: palabra inefable de la ciencia: el ¡Eureka! de Arquímedes.

EL TODO.

Una especie de parágüas: un verdadero sobretodo: un paracaídas excelente: un objeto salvador de muchas desgracias.

Respuestas á preguntas de este periódico.

¿Cuál es la causa de la decadencia de nuestro teatro?

—La preponderancia del génio. Nos ha conducido este atrevimiento á un lamentable extremo. La escuela clásica con su lengua clásica es el lazo de unión de los antiguos con los modernos puébllos: nos hemos emancipado: hemos olvidado la casa de nuestros padres, que no vivieron en válde. El adelanto, la ciencia necesitan la historia. La historia es la biblioteca de la sabiduría. Autores y actores

han creído bastarse ellos solos á sí mismos. No puede sér. Es preciso sér humanistas para sér literatos é intérpretes buenos. El génio es el vapor, pero es necesario el regulador.

¿Qué diferencia existe entre la antigua y la moderna literatura?

—Lá que hay entre el espíritu del hombre de la antigüedad y el de nuestra época. Es antiguamente el hombre, robusto, colosal como recién salido de las manos de su Criador; de profundas y grandes pasiones: natural, sencillo, vehemente. Su habitacion es pequeña y aislada. El león en una jaula. Un suceso de familia arrebatada toda su atencion; la guerra de Tróya, la expedicion de los argonautas, cualquiera cosa, que en manos del Hércules del génio, del grande Homero, son la Iliada, la Odiséa.

El hombre moderno, hijo del pensamiento y de la experiencia, duda, teme, vacila, se reviste de formas, se hace artístico. Su natural decadencia se oculta bajo su elegante trage. En su delirio, y con el anhelo de llegar en su viáje á los países que le pinta la risueña esperanza, vá volando de ilusiones en ilusiones.

En cuanto ha sonado la hora de caminar derechamente á la civilizacion de todo el mundo, todo se lo halla á la mano. La Providencia le ha abierto los ojos. Entónces la locura cree que el universo se renueva, y se vá á ver vencido el imposible. No temáis ni os extralimitéis. El problema se reduce simplemente á reunirnos con nuestros dispersos hermanos. No nos saldremos del mundo. Aquí todo es finito. El ánsia hace que veámos innumerables fantasmas. ¡Háy quién trata yá de suprimir hasta la muerte!

Problema del número 4.^o

El fenómeno mas trascendental que hoy se verifica en España es el rúdo contraste del arte con la naturaleza. El vapor há llenado á nuestro país de todos los productos extranjeros: nuestra industria no puede competir; nuestra altivez no sabe privarse del lújo de la época; los réstos de nuestro numerario vuélan incesantemente á los pueblos fabricantes. ¿Qué remedio? O entrar en el movimiento industrial, ó chinizarse; permítasenos la palabra. ¿Cuál de las dos cosas es más noble? Fuera de los extremos, la más sublime la última; la mas trabajosa y precaria la primera: la mas pusilánime la economía.

Problema á resolver.

¿En qué consiste que los hombres de poca instruccion siémpre dán al mundo una antigüedad casi sin limite?

Preguntas al que quiera responder.

—¿Cuál es la filosofia de esta palabra limite?

—¿Tiéne razon esa filosofia que se dirige incansable á cortar los vuélos del entendimiento?

—¿Qué diferencia háy entre el orgullo y la vanidad?

—¿Cómo tendremos un language universal?

—¿Cuál es la filosofia del tatuáje de los salvages de la Oceanía?

—¿Cuál es la definicion de la verdad?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocádio Lopez, calle del Carmen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos,—3-2.^o—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.^o

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.